



**Hacer vivir afuera.
En la frontera de la vida**

Fermín A. Rodríguez¹

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
ferminr@filo.uba.ar

Resumen: El “hacer vivir” que ocupa el centro de las preocupaciones de Michel Foucault en su enseñanza de los años 1976-1980 reaparece en el “vivir afuera” de una de las novelas latinoamericanas que, en la última década del milenio, más lejos se internó en las multiplicidades abiertas de la vida para volver visible lo que fue, en sus orígenes, el dispositivo neoliberal de dominación social. Se trata de *Vivir afuera* (1998), de Rodolfo Fogwill, una de las novelas de fin de siglo que se desplaza de un sistema de espacios a un sistema de cuerpos para hacer ver, en una inquietante continuidad con el terror represivo de los años 70, las transformaciones de un poder que se ejerce sobre la materia viviente de un nuevo sujeto “biopolítico”: la población.

Palabras clave: Fogwill – Ficciones biopolíticas – Cuerpo y poder – Literatura y enfermedad – Neoliberalismo – Narrativa de la crisis

Abstract: The "making live" that occupies the center of Michel Foucault's teaching in the 1976-1980s echoes in the "living outside" of one of the Latin American novels in the last decade of the millennium which has gone further into the open multiplicities of life to make visible what was originally the neoliberal apparatus of social domination. By moving from a system of spaces to a system of living corporality, Rodolfo Fogwill's *Vivir afuera* (1998) is a novel of the turn of century that make see the transformations of a power exerted on the living matter of a new “biopolitical” subject” population, in a disturbing continuity with the repressive terror of the 70s.

Keywords: Fogwill – Biopolitical fictions – Body and power – Literature and illness – Neoliberalism – Narrative of crisis

¹ **Fermín A. Rodríguez** es investigador de Conicet, docente y crítico literario. Es el autor de *Un desierto para la nación. La escritura del vacío* (Eterna Cadencia, 2010), y el coeditor y traductor de *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida* (Paidós, 2007). Es traductor, escribe en distintos medios y es profesor de literatura y teoría literaria en la Universidad de Buenos Aires.

Si desde fines del siglo diecinueve la literatura argentina había sido uno de los mecanismos fundamentales de naturalización de la nación y del orden capitalista, un siglo más tarde, cuando la marea privatizadora de fines de siglo XX está borrando del presente los imaginarios nacionales como si fueran huellas en la arena, la ficción postula que la Argentina había virtualmente terminado. La literatura ya no lleva las huellas de una identidad nacional, y de sus espacios-territorio, estabilizados dentro de límites por operaciones de producción y reproducción de ciudadanía, pasamos ahora a espacios de exclusión cargados de vida, espacios-población (Cavalletti 151) pre-personales y fluidos, codificados y regulados por un entramado de poderes y controles que ya no tienen al estado nacional ni a las formas de habitar la nación como referencia exclusiva para la producción y regulación de la subjetividad.

Espacios desestatizados, cargados de vida,² se multiplican por ficciones que, en el reverso de las retóricas neoliberales, recogieron entre sus páginas una materia somática intensa convertida en el campo de las intervenciones de un poder que trabaja en el umbral de nuestro cuerpo biológico y nuestro cuerpo político. La frontera territorial que alguna vez sirvió para repartir cuerpos y significados adentro y afuera del orden nacional-estatal se transforma en una línea de vida que pasa por el continuum de lo viviente, separando brutalmente ciudadanos de poblaciones, personas propietarias de su cuerpo, que tienen y disponen de su cuerpo, de seres vivientes indiferenciados que son meramente un cuerpo abandonado.³

Son ficciones de vida, donde lo más importante parece ser lo biológico, lo somático, la realidad biopolítica de lo corporal como objeto de un nuevo régimen

² Acerca de una nueva imaginación espacial organizada a partir de la noción de territorio –el espacio preindividual de la población, que compartimos con los animales–, ver Ludmer, Josefina, *Aquí América Latina*: “Un territorio es una organización en el espacio por donde se desplazan cuerpos, una intersección de cuerpos en movimiento, el conjunto de movimientos de cuerpos que tiene lugar en su interior y los movimientos de desterritorialización que lo atraviesan” (123).

³ Ver Giorgi, Gabriel (*Formas comunes*) encuentra en la cultura latinoamericana del último cuarto del siglo XX una imaginación de lo político que, bajo la forma del animal, hace de lo viviente el núcleo de las preocupaciones de un poder selectivo y jerárquico de gerenciar y reforzar la vida, dejando morir, en el reverso de la ciudadanía y el individuo productivo, franjas de vidas indeseables incluidas en el orden socioeconómico neoliberal mediante su invisibilización, su exclusión y precarización.

de significación que exhibe de manera desafiante lo que un cuerpo necesita y puede en su capacidad indeterminada de afectar y ser afectado.

Carne de shopping

Lo más importante para la sociedad capitalista –sostiene Foucault en *Seguridad, territorio y población*–, no era el gobierno del territorio o de las cosas, sino lo biológico, lo somático, lo corporal, la realidad biopolítica de los cuerpos en masa como objeto de estrategias de poder naturalizadas que no pasan por la ideología o las representaciones del discurso. Bajo la forma de la biopolítica, el poder viene por lo que tradicionalmente fue considerado un refugio de la política: el campo alguna vez despolitizado de la vida, transformado en el nuevo terreno de acumulación capitalista por un poder que produce y manipula afectos e intensidades por debajo del umbral de la persona.

No estamos muy lejos del terreno de la “estética”, un término que, antes de aplicarse a las formas culturales, nombraba en la filosofía este nivel de realidad material entre lo biológico y lo cultural común a todos, transformado ahora en campo de politización y dominación tanto como de resistencia y revueltas de conducta que se desarrollan en el ámbito de la experiencia sensible.⁴ El terreno de la estética, entendida en su significado original como una forma de relación y conocimiento del mundo a través de los sentidos, está localizado en la superficie de un cuerpo biológicamente ligado a la materialidad en el interior de la cual vive, según esa perpetua imbricación de hechos naturales y datos artificiales retroalimentándose que componen lo que Foucault, en una de sus primeras incursiones en el campo de lo biopolítico, nombró con un término que conocemos por las novelas de Honoré de Balzac,⁵ a saber, la noción de *milieu* (*Seguridad* 22-25).

⁴ Ver Eagleton, Terry. *The Ideology of the Aesthetic*. “Aesthetics is born as a discourse of the body [...] The aesthetic concerns this most gross and palpable dimension of the human, which post-Cartesian philosophy, in some curious lapse of attention, has somehow managed to overlook. It is thus the first stirrings of a primitive materialism – of the body’s long inarticulate rebellion against the tyranny of the theoretical” (13).

⁵ A propósito del retrato de la dueña de la casa de huéspedes de la novela de Balzac *Le père Goriot*, Auerbach señala: “la armonía entre su persona, por un lado, y la habitación en la que se encuentra, la pensión que dirige, la vida que lleva, por otro; en una palabra, la armonía entre su persona y lo

De hecho, la creciente gubernamentalización del estado que Foucault encontró actuando en el exterior de las instituciones disciplinarias, ¿no es la continuación por otros medios de la estetización de la política que para Walter Benjamin define al fascismo? Las grandes concentraciones de masas del fascismo y la gestión del cuerpo biopolítico de la población al nivel de sus deseos y afectos⁶ ponen en juego la vida de una multitud expuesta directamente al poder soberano, encarnado o bien en la figura del líder o bien disuelto en la sociedad civil según la lógica de un estado neoliberal donde el estado de excepción se ha vuelto la norma y el principal peligro no es sucumbir al poder estatal, sino que en nombre de la desregulación y la flexibilización económica, el estado se retire de su esfera de intervenciones y abandone activamente la vida de todos aquellos que no acceden al consumo.⁷

Siguiendo líneas de desdiferenciación biológica, la literatura se deshace de sus formas espaciales tradicionales para internarse en una nueva distribución de cuerpos que se vuelven visibles en su relación con el mercado, un campo eminentemente biopolítico saturado de nuevos mecanismos de poder donde se aplica ese “hacer vivir” selectivo y jerárquico que en su enseñanza de los años 1976-1979 Foucault había encontrado actuando en el exterior de los confinamientos disciplinarios y los aparatos de Estado.⁸ El totalitarismo, que durante los años de la dictadura cívico-militar “hacía morir” en el campo de la excepción y el terror político, migró ahora a un terreno eminentemente económico donde el poder “hace vivir” en espacios de abandono político localizado y gestionado por nuevos dispositivos de dominación social que, en el reverso del mercado y del acto

que nosotros (y también Balzac a veces) llamaríamos su *milieu* (ambiente) [...] Se trata, por consiguiente, de la unidad de un cierto espacio vital, sentida como una visión total demoníaca-orgánica, representada con medios sugeridores y plásticos” (*Mímesis* 442-444).

⁶ Ver Susan Buck Morss, “Estética y anestésica”.

⁷ Giorgio Agamben trazó esta línea que va de Benjamin y *Para una crítica de la violencia* a la relación contemporánea entre soberanía y biopolítica, pero a diferencia de Foucault, no reconoce que la biopolítica sea una economía política de la vida (Lemke 60).

⁸ Entre 1976 y 1980, a lo largo de sus seminarios en el Collège de France *Defender la sociedad, Seguridad, territorio, población, El nacimiento de la biopolítica* y *Del gobierno de los vivos*, Foucault descubre, confundida con las micro prácticas de la disciplina, una macroeconomía “biopolítica” del poder que no trabaja al nivel individual de los cuerpos sino sobre el espacio múltiple y heterogéneo de la vida biológica de la población. “Podría decirse que el viejo derecho de *hacer morir* o *dejar vivir*”, escribe Foucault en 1976 en el primer volumen de *Historia de la sexualidad*, “fue reemplazado por el poder de *hacer vivir* o de *rechazar* hacia la muerte” (167; las cursivas pertenecen al original).

compulsivo de consumir, producen pobreza, malestar e inseguridad crónica.

Convertida en campo de control y manipulación, de politización y subjetivación, esa misma vida fue también la materia de relatos que ensayaron formas de localizar y desmontar las operaciones biopolíticas fundamentales. De hecho, el “hacer vivir” que ocupa el centro de las preocupaciones de Foucault reaparece en el “vivir afuera” de una de las novelas latinoamericanas que más lejos se internó en las multiplicidades abiertas de la vida para volver visible lo que fue, en sus orígenes, el dispositivo neoliberal de dominación social. Se trata de *Vivir afuera*, de Rodolfo Fogwill, una de las varias novelas de fin de siglo⁹ que se desplazan de un sistema de espacios a un sistema de cuerpos para hacer ver, en una inquietante continuidad con el terror represivo de los años 70, las transformaciones del Estado. Cada vez más abiertamente, el poder se ejerce bajo la forma de la economía –un poder para el que “era mucho más práctico y menos peligroso tenerte encapuchado con un televisor, una casetera, un contrato de cuotas hipotecarias, una tarjeta Mastercard, un plan de ahorro para el auto y un montón de órdenes de viajar, de hacer, de drogarte, de divertirme” (233).¹⁰ Los personajes de *Vivir afuera* son subjetividades “seltas”, portadoras de vida, que rompieron el encierro de la novela de la dictadura (la clandestinidad forzada de *Respiración artificial* o la autonomía impuesta de *Nadie nada nunca*) y, más allá del tiempo del trabajo y los encierros disciplinarios, fluyen por la ciudad biopolítica como quien dice “fuera de sí”, entre controles camineros, cámaras de seguridad de shopping, estudios de mercado, métodos científico-sociales de observación y mecanismos de control y gestión de una ilegalidad incorporada de manera difusa a la lógica del funcionamiento social.

El espacio precipita en el campo ilimitado de la vida, donde Fogwill encuentra funcionando un nuevo régimen de producción de realidad y

⁹ El propio Fogwill produjo con *Los Pichiciegos* (1983) una desterritorialización de la novela en clave de una economía de supervivencia por afuera del espacio nacional (de hecho, *Vivir afuera* retoma algunos de los personajes de *Los Pichiciegos* –el Pichi, el escritor–, tanto como la enunciación –la ficción de testimonio–). Diamela Eltit también había explorado en la plaza pública cubierta de residuos de ciudadanía de *Lumpérica* (1983), bajo el brillo intermitente de un cartel publicitario, el hilo de complicidad que vinculaba el orden nocturno de la dictadura con los mecanismos de control del mercado.

¹⁰ Salvo que se indique lo contrario, los números de página entre paréntesis corresponden a *Vivir afuera*. 2da edición (Buenos Aires: El Ateneo, 2009).

subjetividad en el que el mercado anula la posibilidad de comunidad social y las nuevas interpelaciones del poder vienen del lado del consumo. Sin este nuevo régimen de imaginación política, que es también una política estética, el negocio con la venta de tierra compactada en cubos de un metro cúbico para exportar como abono a Europa y Japón, al costado de la nueva autopista La Plata-Buenos Aires, no sería el material de una literatura que, literalmente, está desterritorializándose (39). ¿Vienen por la tierra? La internacionalización de la economía está reestructurando las bases territoriales de un poder que se hunde en la vida para hacer y hacerse de nuevos espacios. En Buenos Aires, a las tres de la mañana, bajo los reflectores de los nuevos helicópteros Hawks de la Policía Federal, están erradicando casas de la zona de San Telmo y de Palermo ocupadas por inmigrantes ilegales que no son deportados “porque bajan los costos laborales” (54). A la luz de estas transformaciones del poder, alguien con un agujero en la memoria de cuarenta años, lleno de recuerdos, relatos, retazos de discursos e imágenes de lugares, reconoce en la joven pareja que la policía detiene al costado de la ruta no mucho más que “carne de shopping” (83). Lo que en los 70 hubiera prometido ser una historia de terrorismo o en los 80, de prostitución swinger, no es en los 90 más que un par de “consumidores de indumentaria informal”, enfundados menos en ropa que en grandes marcas que el ojo experto del testigo no va a dejar de reconocer: jeans de Kenzo, campera de cuero Mango, un par de UFO Gross (43).

¿El deseo se ha vuelto funcional al nuevo modo de producción capitalista? De la sociedad de la prohibición y la represión, sustentada en la obediencia más o menos continua de sujetos que renuncian a sus deseos, pasamos a las democracias de mercado y su poder de suscitar y promover un deseo inseparable de la exigencia pulsional de consumir (“un montón de órdenes de viajar, de hacer, de drogarte, de divertirme” [233]—leíamos hace instantes), permeado por técnicas biopolíticas que actúan menos sobre las representaciones imaginarias y simbólicas que sobre el ordenamiento de los cuerpos y sus disposiciones afectivas. Gobernar será actuar sobre un deseo que no busca tanto ser colmado como seguir deseando

y cambiando a lo largo de una línea de vida¹¹ que se pierde en el campo de la satisfacción diferida por técnicas de marketing y fantasmas publicitarios (Stavrakakis 256).¹² Los sujetos del neoliberalismo fluyen buscando todo el tiempo convertirse en otra cosa, y “no pasan un minuto sin anunciarte un cambio que están a punto de hacer: un viaje, una aventura, una salida, un cambio de auto, de casa, de pelo” (228) –dice uno de los personajes al reconocer bajo el disfraz del libre albedrío una agobiante organización del deseo que garantiza la reproducción de la economía de mercado. Quince años atrás, el marxismo les hubiera enseñado a esos sujetos la cuestión de “los objetivos que no son subjetivos”, porque el deseo no es una fuerza sino un campo donde “lo imaginario, los intereses económicos e ideológicos están chocando constantemente” (Berardi 118). Pero en 1996, “su especie” –en referencia a los bo-bos porteños– “estudia diseño computado o semiótica de los medios de comunicación” (201), mientras la publicidad produce mundos cerrados y totalitarios del cual están excluidos los sujetos que no acceden al consumo (Lazzarato 113).

Las afinidades electivas: buena química

En más de un sentido, *Vivir afuera* es uno de esos “libros sobre nada” que quería escribir Flaubert, saturados de cosas producidas una tras otra por el sencillo paso del tiempo. Sólo once horas transcurren entre que el Peugeot 505 de la Gobernación conducido por un tal Guillermo “Gil” Wolff –anagrama de Fogwill– cruza villas y barrios sin luz eléctrica de regreso a Buenos Aires, y la reunión final en su departamento de Barrio Norte a la tarde del día siguiente, cuando Wolff, cansado, soñoliento y resacoso, después de la explosión de goce del final, conversa con un médico epidemiólogo acerca del comportamiento del virus del HIV, la religión judía y las dos mujeres que acaban de intercambiar en la cama. Son once

¹¹ A una concepción negativa del deseo organizado alrededor de la falta, Gilles Deleuze (“Inmanencia: una vida”) opone una concepción afirmativa del deseo como expansión por medio de encuentros, cruces y conexiones entre cuerpos. Lo que Deleuze describe como “una vida” es otro nombre del deseo entendido como cambio, devenir, creación, conexión, por medio del cual la vida se preserva y aumenta su poder.

¹² A propósito del rol fundamental que desempeña el goce en el sostenimiento del nexos económico político del capitalismo tardío, ver Stavrakakis, Yannis, *La izquierda lacaniana*, en especial el capítulo VII, “La política de la *jouissance* consumista y el fantasma de la publicidad”.

horas en las que no pasa nada que responda al principio de acción que gobierna el encadenamiento férreo de una intriga, nada que no sea rellenar once horas vacías de tiempo afuera del trabajo, de la ley y la familia: seis personajes socialmente indefinidos,¹³ haciendo tiempo y produciendo nuevos espacios en el reverso de la comunidad nacional, envueltos en un clima de complot y conspiración que recuerda el mundo disensual de *Los siete locos*. Wolff es un sesentón perverso y materialista sin ocupación fija, que viene de La Plata de cobrar un cheque de cuarenta y cinco mil dólares por un turbio negocio de importación de armas. Al borde de la ruta, Susi espera que su novio, el Pichi Varela, un dealer del Conurbano excombatiente de Malvinas, la pase a buscar para irse a pasar la noche a la “suite presidencial” de un albergue transitorio, decorada con el retrato del presidente Carlos Menem (113). Pichi llega junto a Mariana, una prostituta de lujo que circula haciendo “gatos” entre el Conurbano y el Centro. A primera hora de la mañana, Mariana tiene una cita con su médico en un hospital de la Capital, porque teme haber contraído el virus del SIDA. Mientras espera que abra la clínica en una confitería sobre la Avenida Libertador, conoce a Wolff, que también está haciendo tiempo para ir a cobrar su cheque. Juntos van al hospital donde Saúl, el médico de Mariana, espera comenzar a atender conversando e histериeando con Cecilia, una joven residente de Intensiva. Saúl es un investigador formado en el exterior que volvió al país a dirigir el Servicio de Inmunología de la clínica privada de su suegro. No llegará a atender a Mariana porque una amenaza de bomba los obliga a evacuar el hospital. Sin nada que hacer, van al shopping a cambiar el cheque para terminar en el departamento de Wolff, contagiándose canciones, citas de libros, dinero, drogas, alcohol y sexo. Pichi, por su lado, desaparece por un tiempo cuando descubre que los servicios secretos lo siguen, interesados por sus contactos con grupos de excombatientes de extrema derecha.

¹³ “Volubilidad”, un cuento de *El fin de lo mismo* de Marcelo Cohen, explora este tipo de subjetividades “versátiles” que el estado controlaba: “La versatilidad [...] dificultaba el crecimiento del conjunto, el sujeto voluble era condenado a variables períodos de postergación. Una maciza hueste de espectros, exilada de la representación noticiosa, vivía como macilla en los intersticios del cuerpo consumidor: el estado los denominaba *indefinidos sociales*” (187-188; las cursivas pertenecen al original).

Mapa móvil de lo viviente, *Vivir afuera* es antes que nada una historia de cuerpos que se encuentran afectivamente en el mundo, cuyo poder de actuar aumenta o disminuye según la buena o mala química que haya entre ellos –lo que Goethe llamaba “afinidades electivas”.¹⁴ La novela narra la formación de una comunidad provisoria y contingente que, en su deriva nocturna de animal vivo por una Buenos Aires descentrada, echa alguna que otra lucidez sobre la oscuridad de los procesos económicos. Producir es para la novela de Fogwill producir alquímicamente relaciones sociales, contagios y adicciones sensoriales de cuerpos mutuamente dependientes que a través de membranas porosas y cavidades húmedas intercambian saliva, palabras, semen, dinero, sangre, ritmos, drogas, calor, olores, enfermedades, según esa “forma vaga, polimorfa y plural de la dependencia” que pone lo humano fuera de sí, en una serie de relaciones con la sexualidad, los estímulos sensoriales, la enfermedad, la sangre, la movilidad, la visibilidad y la audibilidad (361). Todo es frontera, borde, membrana, porosidad: a Saúl le excita la sangre (109); Wolff está “infectado del virus de la guita” (324); Pichi planta y trafica marihuana, y goza cuando Susi le clave el cuchillo “en la vacuna” mientras llega al orgasmo (221); Mariana sospecha que tiene “la pudrición total” (31), teme contagiar y circula con bolsitas de cocaína oculta entre los pliegues de su vagina. Son, en el reverso del consumo administrado, coleccionistas de sensaciones, dandies de nuestro fin de siglo¹⁵ hundidos en una materialidad afectiva común en tanto cuerpos adictos o portadores de alguna forma de vida contagiosa que se viraliza a través de la sangre, las drogas o el uso de la lengua. Las palabras y las frases también son virus que se contagian por transmisión oral por el tejido sensible de la lengua. Todos los personajes hablan y son hablados por

¹⁴ En más de un sentido, *Vivir afuera* evoca *Las afinidades electivas* y su estructura “cruciforme, donde cuatro seres, antes unidos de dos en dos, entran en contacto unos con otros, abandonan la unión primera y vuelven a unirse de forma nueva”. Goethe toma la noción de las “afinidades electivas” entre elementos químicos como una fórmula narrativa que le sirve para experimentar con las relaciones de atracción y rechazo entre los personajes. Más allá de su apariencia inanimada, dice Goethe, los elementos “parecen estar dispuestos siempre a actuar. Hay que ver con atención participativa cómo se buscan mutuamente, cómo se atraen, cómo se aferran, se destruyen y devoran, se consumen, y cómo aparecen después, tras la estrecha unión, en forma nueva, completamente renovada e inesperada” (Goethe 50-51).

¹⁵ Wolff y Mariana se conocen en “Dandy” (132), el bar de la esquina de Avenida Libertador y Bulnes: la novela se desreferencializa al poner los nombres propios en estado de variación.

más de una lengua, todos están entre jergas sociales, signos no verbales y saberes que se traducen entre sí, reproduciéndose como un organismo vivo bajo la forma de la repetición, la herencia o la cita.

Los cuerpos que circulan por la novela afectan otros cuerpos y son afectados por ellos según procesos de captura y traducción de signos que son menos elementos de un código que índices de transformaciones incorporales, asuntos de percepción, cuestiones de piel: “Había sentido un cambio en el cuerpo de la chica a su lado” (302), dice uno de los personajes al tomar el brazo súbitamente tenso de la mujer que “tiene algo en la piel que se parece a su cabeza”: reacciona al entorno, se empapa en él, absorbe todo, se moja por cualquier cosa (170), se ríe “por contagio” (169). Una marea de diferencias subliminales pasa de un cuerpo a otro, atravesando membranas, tejidos y discursos. Saúl, malhumorado, le pasa “la mufa” al que se le pone al lado (227). Una inflexión de la lengua o la sola visión de una cara aborrecible le produce “un malestar que irradiaba desde el centro del abdomen y que anticipaba una sensación de mareo y de asfixia”, semejante a la “respuesta fóbica” ante una señal de peligro que ciertas tesis sociobiológicas –recuerda haber leído– encuentran entre los concurrentes a las arquitecturas del miedo de hospitales, shoppings y reparticiones públicas (184-5). Hay espacios y personas tóxicas, que envenenan la sangre. En un mundo “neuro” todo es susceptible de control, más que de interpretación. La intoxicación química y sensorial deviene norma social, como si la realidad misma fuera un narcótico para cuerpos con las defensas bajas, saturados de pulsiones racistas¹⁶ y de clichés audiovisuales que los poderes tecnomediáticos inoculan en nuestro tejido pensante y perceptivo.¹⁷

¹⁶ Corrientes subterráneas de racismo y antisemitismo circulan por el piso más bajo del lenguaje y de los cuerpos de *Vivir afuera*, que más de una vez dicen sentir “asco” ante algún rasgo físico del otro. Wolff detecta entre sus ex compañeros de promoción un “tono antisemita” (40), o se pregunta si el olor de Mariana que tanto lo atrae depende de un “factor racial: piel italiana” (171). A Susi los negros le dan asco, a pesar de que por las venas de su madre correntina corra sangre africana; y Pichi goza de un cuerpo privilegiado gracias a los antepasados negros de su familia (66). Hasta el perro que ataca a Saúl mientras corría por un parque de Boston es racista, un “perro del Klan” adiestrado “para eliminar negros” (198).

¹⁷ En *The Soul At Work*, Francisco Berardi redefine la alienación como mutación material del organismo, expuesto a una economía que actúa dentro de la textura biológica y cognitiva de la sociedad, alterando su composición química (114).

Esa permeabilidad de las membranas que indaga la novela, ese circuito sensorial que comienza y termina en el mundo bajo la forma de un aumento o una disminución en la capacidad de actuar y de sentir de los cuerpos, es también el blanco de un poder de control regimentador de los afectos, los deseos y los sentidos, que lo envuelve todo en un clima de antisemitismo y sociedad secreta. Los papeles mecanografiados con el relato paranoico de Fox, un paciente terminal de SIDA que escribe con el tono de Osvaldo Lamborghini y que Saúl lee en algún momento, lleva hasta el extremo esta lógica biopolítica de un poder actuando directamente sobre el sistema nervioso, sin pasar por las mediaciones de la subjetividad clásica: un tal doctor Delgado implanta electrodos en el lóbulo frontal de un grupo de locos que “se pajeaban a botón: tecleaban la botonera para sentir dolor, placer, sueño, rabia y tristeza en sucesión” (289). Lo que se escapa del control de la voluntad y la memoria se vuelve el blanco de nuevas tecnologías de seguridad que, como las drogas psiquiátricas, se meten entre los cuerpos para regular sus interacciones y encuentros, monitorear sus pasos, espiar sus conductas, sondear sus deseos, vulnerar sus defensas.

En las últimas páginas de *Vivir afuera*, el que narra es el estado neoliberal, difundiéndose a través de la mirada de agentes de la SIDE, espías informáticos y cámaras de seguridad. “Es la mirada de un control central que chequea si el flujo del delito se mantiene en su cauce” –dice el escritor Juan Becerra, uno de los continuadores de las indagaciones de Fogwill, acerca de un Estado que simula vigilar y reprimir el tráfico de armas al que se dedica Wolff, el cultivo de marihuana que mantiene Pichi o la prostitución de lujo que ejerce Mariana, pero en realidad “instala sobre ellos meros controles de gestión” (Becerra s/p).

Cuatro son multitud

Cartografía de los focos de poder de una época, todo en la novela es relación de fuerzas, todo es micropolítica y producción de jerarquías. Hasta en el más insignificante de los intercambios entre los personajes se está jugando la localización de un “costoso trabajo de producción de poder sobre los otros” (322) disperso por el campo social. La sexualidad, la enfermedad, el consumo, la propia

conciencia, se vuelven arena de luchas microscópicas, por debajo del nivel de las representaciones y las formas. Entre el SIDE, que vigila las huellas físicas y digitales que van dejando los personajes, y el SIDA que sobrevuela las relaciones sexuales, hay un hilo de control invisible y ubicuo que penetra los circuitos cerebrales y afectivos del grupo.

Los cálculos probabilísticos y las tablas estadísticas que Saúl lleva en su computadora reemplazan los muros del hospital, porque el poder está afuera, circulando de forma inmanente por las multiplicidades de lo viviente, etiquetando y produciendo desvíos, normalizando y medicalizando las relaciones, controlando antes que curando. La relación médico-paciente se extiende a una población donde el sujeto de la política es lo viviente del hombre. Saúl lo sabe: reconoce entre los libros de Wolff la tesis de Ingenieros, la obra completa de Ramón Carillo y el libro de Eduardo Menéndez *Cura y control* (384-385); conoce bien a los médicos del positivismo, que pensaban los conflictos sociales como enfermedad; sabe por la *Teoría del Hospital* que la salud es un derecho inalienable que el Estado debía asegurar; se interesó en las hipótesis de Menéndez, que relaciona la alienación social y mental con la estructura del poder económico, concibe el “etiquetamiento” como producción social de desvíos y ve en la “psiquiatrización de la vida” un mecanismo de normalización y control que invade el mundo cotidiano (Menéndez 51). También leyó la hipótesis de Fox, que de manera paranoica relacionaba los orígenes de la epidemia con el control de la inmunidad desarrollado por científicos a sueldo de clínicas y laboratorios privados para permitir que, en la lógica brutal de la capitalización de lo viviente, “los ciudadanos del primer mundo se intercambien libremente riñones, pulmones, hígados y corazones de unos a otros”, primero de muertos a vivos y luego “de pobres a ricos” (286).

Sin ir tan lejos como Fox, Saúl trata de entender. “Yo no atiende. Entiendo” –repite a la manera de un Doctor House (el personaje de la serie de TV interpretado por Hugh Laurie) judío, antisionista y ateo. Quiere decir que no revisa pacientes ni hace análisis: todo lo hace pensando y conectando a partir de historias clínicas y estadísticas en Excel, por afuera de los cuadrículados disciplinarios y de las técnicas de individualización de los cuerpos. Saúl, al igual

que Wolff, diagnostica, tasa, procesa, etiqueta, discierne al nivel de la población, entre la identidad y la semejanza, atravesando más que evitando las técnicas de “estriamiento estadístico” que reducen “la experiencia a la opinión y las personas a etiquetas sociológicas” (Beasley-Murray 112). Pero en un paisaje saturado de estadísticas, saberes técnicos, cálculo de probabilidades, tele-encuestas y campañas publicitarias, donde a la hora de calcular el flujo de ventas del día los encargados de monitorear las cámaras de seguridad del shopping “la tienen más clara que los de análisis de marketing” (382), siempre hay algo que se escapa del tiempo del trabajo, del consumo y del marketing, algo que se resiste a responder en forma programada, que no se deja vivir ni conducir, un exceso no estadístico que pone en cuestión la distribución de roles, de territorios y lenguajes. Sin ir más lejos, Wolff tiene para Mariana algo “como monstruoso” (318) o, según Cecilia, “se resistía a cualquier diagnóstico e impedía el uso de los criterios fundamentales para una objetiva tasación de su lugar relativo en el mercado de productos humanos” (346). Igualmente, para los encargados de vigilancia del shopping, entrenados en la observación del flujo de público, el heterogéneo grupo de cuatro adultos que componen Wolff, Saúl, Mariana y Cecilia son “raros”, aunque no misteriosos: todos llevan la marca de la ropa y el estilo pegados a la piel.

Sacar la lengua

Desplazados de las clasificaciones sociales, desidentificados de su rol, los sujetos de *Vivir afuera* se definen por su condición exterior-interior. No hay romanticismo del margen: vivir afuera no es vivir en un espacio exterior, sino en la cara externa del poder, en su envés. Están afuera-adentro, entrando y saliendo del territorio, circulando sin arraigo entre Barrio Norte y el conurbano por una ciudad donde se multiplican lo que Gabriel Giorgi, sobre un fondo de vaciamiento de la autoridad y la presencia estatal, describe como “zonas de incertidumbre y reversión entre ‘interiores’ y ‘exteriores’ históricos, sociales y políticos, entre orden nacional y transnacional, entre delito y ley, entre salud y enfermedad” (175-176). El afuera es algo más que un margen: está adentro, en cualquier parte y a cualquier hora del día, incluido por medio de la exclusión, a la manera de la pelota

del artículo de la *Scientific American* que evoca el narrador, que se pliega una y otra vez sobre sí misma hasta lograr que se asome al exterior un sector de la cara interna de la esfera bajo la forma de una incipiente “lengüeta de goma roja” (18-19). Difícil no ver en esa lengüeta emergiendo del interior de un cuerpo cerrado sobre sí mismo como un exceso inasimilable la lengua viva del narrador de *Vivir afuera* (o de Wolff, que se presenta como “oralista”), un “órgano anfibio” que en su doble condición de órgano gustativo y lingüístico, como anota el propio Fogwill en el prólogo de la segunda edición, “vive adentro y afuera”, entrando y saliendo del cuerpo para “gustar, explorar y significar” el mundo (8).

Porque además de un espacio social y político, el afuera es un espacio verbal y narrativo que, bajo la forma del discurso indirecto libre, saca la lengua de los personajes del campo de la enunciación personal para darla vuelta como un guante. En sus intercambios e interacciones, los personajes constituyen un colectivo de enunciación que desborda las divisiones estabilizadas y convencionales del lenguaje tanto como los límites y las territorializaciones de la cultura, para propagarse por la vida siguiendo pendientes de diferenciación genética, biológica, química, psíquica, matemático-física, sociológicas, lingüísticas, etc., siempre más ricas que las diferencias del lenguaje o de la conciencia.

Un saber hacer con las palabras atraviesa la sociedad de punta a punta, en una suerte de democracia narrativa que altera la distribución de los cuerpos y los mapas de presentación de lo sensible. Todo se pliega y se despliega sobre un mismo plano, todo tiene su lugar en un mundo sensible donde no hay oposición entre las cosas poéticas y prosaicas: el sistema de calefacción de un automóvil, el funcionamiento de un GPS o de una granja de rehabilitación dirigida por curas evangelistas, valen lo mismo que un protocolo hospitalario de seguridad informática, un verso de Claudel, una letra de rock o una canción popular judía. La narración absorbe y procesa materiales ordinarios, que están en la circulación de lo real, “como si la literatura pudiera funcionar como un ready made” –observa Becerra. Todo igualmente se desordena cuando ingresan en la escena narradores como Mariana, a quien Wolff escucha, fascinado y con melancolía de letrado, inventar al correr de las palabras “acertando justo con la palabra justa que en el

instante previo a oírla anticipábamos pero que no terminaba de venirnos a la mente” (357).

“¿Cómo se aprenderá a contar? ¿Nacerán así, sabiendo? ¿Será la histeria o algo genético?” –se pregunta Wolff (159) que, como Pichi, pone la oralidad y el saber narrar en el campo del género. Pichi feminiza la narración oral, según una ley reproductiva por la cual “usar las frases de otros es cosa de minas” (112). Pero el “verdadero macho no copia” (71): sabe de dónde vienen las palabras y señala su procedencia, registra los usos minoritarios de la lengua y el proceso que termina convirtiendo una lengua privada en norma mayoritaria. Pichi, por ejemplo, repite la frase que le escuchó decir a un viejo del Modín “triste es ser pobre... Todo lo demás viene por añadidura”, y “al día siguiente empezó a oír que las más jóvenes ya la estaban usando con cualquier pretexto” (69-70).

Anticuerpos

En cualquier caso, en su circulación de cuerpos sensibles, los “oralistas” de la novela desvían las palabras de su destino natural para producir nuevas relaciones entre modos de ser, del decir y del hacer. Las palabras son anticuerpos que se oponen a otras palabras, a la manera de las respuestas inmunitarias que protegen a un cuerpo de los microorganismos. “Se puede decir una mentira, pero no se puede hacer una mentira”, le hace decir Wolff a Perón vía Frege, para localizar la literatura entre un decir y hacer con palabras que se incrustan en la carne a la manera de eso que Deleuze llamaba “incorporales” –acontecimientos de sentido que se encarnan en estados de cosas para señalar un cambio.¹⁸ Pichi descubre que la palabra “cuchillo” pronunciada “cuchilio”, con acento correntino, tiene filo y es capaz de cortar (112). El modo que tiene Mariana de pronunciar “cerveza” la de ganas a Wolff de tomarse una lata (162). Saúl, que dice que no sabe contar pero sí cantar (200), remueve átomos y palabras al nivel musical del lenguaje para imprimir por medio de una “sutil diferencia de sonido” un “reflejo de temor” en el tejido pensante y perceptivo de una joven profesional hablada de

¹⁸ Acerca de la distinción entre cuerpos o estados de cosas y efectos incorporales o acontecimientos de sentido, ver Gilles Deleuze, *Lógica del sentido*, especialmente “Segunda serie de paradojas, de los efectos de superficie” (28-34).

punta a punta por los clichés de las ciencias de la comunicación y la jerga de la mercadotecnia (192). La relación entre arte y política se juega para Saúl en agitar molecularmente el lenguaje para crear, a la manera de las revueltas sensibles que reconstruye Jacques Rancière, un sentido común “polémico” (77), que es antes que nada un sentir en común –una intensidad musical capaz de introducir una separación en el tejido consensual de lo dado con el “cuchilio” de la lengua poética.

Fogwill usó la expresión “experiencia sensible” para nombrar esos hilos sueltos de sensibilidad que escapan a la significación, al habla, a la forma significativa, con los que tramar otras figuras de comunidades sensibles, otros arreglos polémicos de palabras y cosas que modifique la percepción de lo común y pongan en crisis la supuesta armonía realista entre cuerpos y significaciones de las ficciones consensuales. A la captura afectiva de los cuerpos, al bloqueo de una realidad empobrecida por la atrofia de los sentidos y la administración capitalista del goce, *Vivir afuera* opone una experiencia sensual poéticamente inmunizada, una politización de la estética que invierte la estetización de la biopolítica y su régimen de explotación, que es tanto económico como cognitivo (Buck Morss 230). Así, además de una sensibilidad, la “experiencia sensible” es una epistemología alternativa que, en consonancia con las grandes intensidades de la vida, se desvía de la norma para ensayar con otras distribuciones de cuerpos y espacios, otros agenciamientos del deseo.

En la memoria fragmentada de Wolff, incapaz de reconstruir un encadenamiento temporal entre los años sesenta y los noventa, el sentido de la continuidad histórica está perdido.¹⁹ Una frase de Mariana referida a un altercado en el hospital –“no entiendo por qué a estos tipos no los matan a todos”–, trae a la mente de Wolff la frase “algo habrán hecho”, y en seguida, entre las ruinas de una memoria discontinua y fragmentada, “trató de identificar la época en la que había empezado a circular” (315). Wolff parte las palabras, abre las frases para liberar lo

¹⁹ Otro razonamiento confuso que mencionan los personajes es el del escritor Quique Frog, “un drogón de quien nunca se sabe si no puede hacerse entender porque está dopado, o si su razonamiento y su sintaxis fallan porque no tomó la dosis indispensable para completar su pensamiento, o porque, drogado o carenciado, tanta basura metida durante décadas en su cerebro acabó por obstruir irreversiblemente los circuitos nerviosos que detectan el sinsentido y detienen el pensamiento” (355).

que hay de impersonal en el murmullo anónimo de la lengua. Virtual sin ser actual, el pasado vuelve todo el tiempo como lo ya vivido, hablado, leído, escuchado, imaginado o soñado por otra época –restos arqueológicos de un tiempo perdido que impide que el presente se integre en una totalidad significativa.²⁰

La experiencia queda reducida a una serie de presentes vivos de una intensidad abrumadora: el presente pleno de una satisfacción corporal inasimilable en términos de racionalidad económica, en oposición al tiempo del consumo y del marketing. “A mí lo único que me interesa es pasarla bien” – coinciden Wolff y Mariana, y pasarla bien no tiene tanto que ver con el dinero como con un deseo de expansión por medio de encuentros, cruces, conexiones, no identificado con la expansibilidad de la mercancía (177). Se trata menos de un régimen de representación que de producción de intensidades por medio de una palabra encarnada, desnuda, inseparable del cuerpo que respira y se agita al pronunciarla. “La verdad es que estás ahí en la alfombra, medio en bolas y contás algo” (207) –dice Wolff, indiferente al estatuto de verdad de los hechos narrados por Mariana. Lo que le interesa a Wolff, lo que lo afecta y excita, es “la forma como me lo dijiste”, la relación entre el decir y lo dicho, inseparable del presente vivo del acto de narrar y de las fantasías que despierta la lengua viva e intensa de Mariana como aparato de goce. “Me calentó cuando me lo decías vos” (217) –confiesa Wolff, sujeto libidinalmente a una palabra surgida de la opacidad material de los cuerpos que, en su afectar y ser afectados, se resisten a dejarse vivir pasivamente por los mecanismos ordenadores del mercado. Lo que los personajes reciben del acto de narrar no es la verdad de los hechos ni el realismo de la representación, sino la palabra pulsional, encarnada y corporizada de Mariana, en oposición al intercambio despersonalizado de bienes en el mercado de la tradición liberal. La palabra no es la representación de algo que está afuera, un sentido, una época o una conciencia, sino una construcción corporalmente gozante, una instancia de fuerza o de poder que se afirma adentro de la vida para producir un cambio de estado al nivel de los cuerpos y sus poderes.

²⁰ “No hay relación con la totalidad, todo es objeto parcial” –explica el psicoanálisis, que habla en la novela a través del artículo que el “Doctor Carlos Cobard” escribe para la revista *La Caja*, titulado “Posmodernidad y las Perversiones del Consumo en la Era Posmoderna” (105).

Inseparable del acto de la palabra viva y cantada, desterritorializada por la música, la política de *Vivir afuera* está ligada a la creación de una bifurcación que abra dentro de la lengua y *por medio* de la lengua un nuevo campo de posibles donde se elaboran otros regímenes de luz, palabra y sensibilidad.²¹ Escribir no es tanto huir como conjugar todo tipo de flujos, no solo semióticos, sino también materiales y sociales, según una política de lo múltiple y lo inacabado, lo que se sustrae a su propia formalización, lo que se desestratifica para hacer surgir, más allá de las ficciones dominantes del Estado y del mercado, nuevas conexiones, nuevas condensaciones del deseo, nuevos espacios de poder, de subjetivación y relación con lo vivo.

Bibliografía

Auerbach, Erich. *Mímesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. Trad. de I. Villanueva y E. Ímaz. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.

Beasley-Murray, Jon. *Poshegemonía. Teoría política y América Latina*. Trad. de Fermín A. Rodríguez. Buenos Aires: Paidós, 2010.

Becerra, Juan. “Historias del otro lado”. *Revista Ñ*, 9 de enero de 2000. Web. <http://edant.clarin.com/suplementos/cultura/2000/01/09/e-01001d.htm>
Acceso: 18/11/ 2015.

Berardi, Franco. *The Soul at Work. From Alienation to Autonomy*. Trad. Francesca Cadel y Giuseppina Mecchia. Los Angeles: Semiotext(e), 2009.

Buck Morss, Susan. “La ciudad como mundo de ensueño y catástrofe”; “Estética y anestésica”. *Walter Benjamin, escritor revolucionario*. Trad. Mariano López Seoane. Buenos Aires: Interzona, 2005. 223-253.

Cavalletti, Pablo. *Mitología de la seguridad. La ciudad biopolítica*. Trad. María Teresa D’Meza. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2010.

Cohen, Marcelo. “Volubilidad”. *El fin de lo mismo*. Madrid & Buenos Aires: Anaya

²¹ Acerca de Fogwill como poeta, ver Horacio González, “Fogwill, Quiquito”. Para González, Fogwill fue fundamentalmente “un poeta lírico que buscó rehacer el lenguaje vivo en medio de un cultivo fetichista de los infinitos rezagos de las tecnologías, del marketing, del habla prefabricada de las profesiones y del pragmatismo positivista con el que solemos practicar nuestros lenguajes diarios”. Este rescate de la “flema lírica y musical debajo de las palabras” ubica a Fogwill en el campo del humanismo: “la experiencia sensible es un humanismo que Fogwill no declaró nunca como tal, o que incluso lo hizo, pero negándolo” (González s/p).

Mario Muchnik y Alianza, 1992. 187-206.

Deleuze, Gilles. *Lógica del sentido*. Trad. Miguel Morey. Buenos Aires: Paidós, 1989.

---. "Inmanencia: una vida..." *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Giorgi, Gabriel y Fermín Rodríguez (eds.). Buenos Aires: Paidós, 2007. 35-40.

Eagleton, Terry. *The Ideology of Aesthetics*. Malden, US: Blackwell, 1997.

Eltit, Diamela. *Lumpérica*. Santiago de Chile: Seix-Barral, 2008.

Fogwill, Enrique. *Los Pichiciegos. Visiones de una batalla subterránea*. Buenos Aires: De la Flor, 1983.

---. *Vivir afuera*. Buenos Aires: El Ateneo, 2009

---. *Análisis, críticas y comentarios de obras recientes*. Web.
<http://www.fogwill.com.ar/critica.html> Acceso: 18/11/2015.

Foucault, Michel. *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.

---. *Sécurité, territoire, population: Cours au Collège de France 1977-1978*. Paris: Seuil/Gallimard, 2004.

---. *Naissance de la biopolitique: Cours au Collège de France. 1978-1979*. Paris: Seuil/Gallimard, 2004.

---. *Historia de la sexualidad. Vol. I. La voluntad de saber*. Trad. de Ulises Guiñazú. Buenos Aires; México: Siglo XXI, 2005.

---. *Du gouvernement des vivants: Cours au Collège de France. 1979-1980*. Paris: Seuil/Gallimard, 2012.

Giorgi, Gabriel. *Sueños de exterminio*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2004.

---. *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia: 2014.

Goethe, Johann Wolfgang. *Las afinidades electivas*. Trad. Manuel José González y Marisa Barreno. Buenos Aires: Sudamericana, 2000.

González, Horacio. "Fogwill, Quiquito". *Suplemento Radar de Página/12*, 29 de agosto de 2010. Web.
<http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/2-19038-2010-08-23.html> Acceso: 18/11/2015.

Lamborghini, Osvaldo. "El Pibe Barulo". *Novelas y cuentos*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1988. 231-306.

Lazaratto, Mauricio. *Política del acontecimiento*. Trad. Pablo Esteban Rodríguez. Buenos Aires: Tinta Limón, 2006.

Lemke, Thomas. *Biopolitics. An Advanced Introduction*. New York: New York U, 2011.

Ludmer, Josefina. *Aquí América latina: una especulación*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2010.

Menéndez, Eduardo. *Cura y control*. México: Nueva Imagen, 1983.

Piglia, Ricardo. *Respiración artificial*. Buenos Aires: Sudamericana, 1988.

Rancière, Jacques. *El espectador emancipado*. Trad. Ariel Dilon. Buenos Aires: Manantial, 2010.

Saer, Juan José. *Nadie nada nunca*. Buenos Aires: Seix Barral, 1980.

Stavrakakis, Yannis. *La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría, política*. Trad. de Lilia Mosconi. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.